

NI VÍCTIMAS NI VERDUGOS

Carlos Lomas

Centro del Profesorado de Gijón

Resumen

En este texto se muestra cómo la desigualdad entre hombres y mujeres (y las diversas formas de violencia asociadas a esa desigualdad) es el efecto del influjo de una serie de factores personales, familiares, educativos y socioculturales que contribuyen tanto a la construcción social de una determinada manera de entender la condición masculina y femenina como en consecuencia a la pervivencia del sexismo en nuestras sociedades.

Palabras claves: Estereotipos sexuales, cultura de masas, sexismo, construcción social de la masculinidad y de la feminidad...

Abstract

This text shows how the inequality among men and women (and the different forms of violence associated with that inequality) is the effect of the influence of a series of personal, familiar, educational and sociocultural factors. These factors contribute to the social construction of a given way of understanding the masculine and feminine condition and, as a result, to the persistence of sexism in our societies. justify the inequalities among men and women.

Key words: Sexual stereotypes, mass culture, sexism, social construction of masculinity and feminity...

“Como a Prometeo, a los hombres se les ha atribuido la facultad simbólica de robar el fuego a los dioses. El guerrero que vence al enemigo, el donjuán que seduce a las mujeres, el científico que doblega a la naturaleza, el técnico que la remodela o el homus económico que calcula cuándo ama y cuándo invierte, todos los arquetipos viriles suelen hacer hincapié en manifestaciones de un poder humano sobre algo” (Pierre Bourdieu, 1990).

En los últimos años las páginas de los periódicos, las ondas de la radio y los informativos de la televisión se inician a menudo con noticias escalofriantes sobre la violencia cotidiana contra las mujeres. En el escenario público de las noticias, los relatos del maltrato, del acoso y del asesinato a las mujeres conviven con otros relatos en los que se habla de los éxitos y fracasos de tal o cual político, de los accidentes de tráfico, de las corrupciones económicas, de las catástrofes naturales, de los escándalos amorosos de la gente famosa y de los acontecimientos deportivos. La agenda de la información cotidiana tiene ya una sección específica, un género aparte, en el que se incluyen las crónicas de los asesinatos de mujeres, las entrevistas con testigos y familiares y las tertulias teñidas de sentimentalismo y lamentaciones.

La violencia contra las mujeres constituye la punta del iceberg de la injusticia y de la desigualdad en las que viven aún hoy, en este siglo XXI recién iniciado, tantas y tantas mujeres. Cualquier persona que se asome con los ojos abiertos a lo que ocurre en las familias, en las escuelas, en el grupo de iguales, en las relaciones de pareja, en el mundo del trabajo o en los mensajes de la prensa, de la televisión y de la publicidad, sabe que las cosas están cambiando aunque están yendo muy despacio. A menudo el desánimo nos embarga al comprobar cómo aumentan las estadísticas de la injusticia, de la opresión y del maltrato, y cómo en el hogar, en la calle y en el mundo casi nada invita a la esperanza.

¿Cuáles son las causas de esta obscena pervivencia del maltrato y de la violencia hacia las mujeres (y en ocasiones también hacia niños y niñas)?

Es obvio que en ocasiones algunas de estas conductas obedecen a patologías extremas, como en el caso de los violadores o de los pederastas. Pero a menudo, cuando se asesina a una mujer y las cámaras de televisión entrevistan a familiares, a las amistades o al vecindario, encontramos una respuesta coincidente sobre el agresor: “Era una persona normal”. Cabe entonces hacerse otra pregunta ¿Es la violencia masculina una conducta excepcional o una actitud más habitual de lo que creemos derivada del sentido de posesión de los hombres hacia sus compañeras? ¿Es la violencia contra las mujeres algo inherente al género masculino? ¿Existe un *eterno masculino* que impide a los hombres cambiar sus modos de relacionarse con las mujeres, con sus hijas e hijos y con el mundo que les rodea (incluidos los otros hombres), y un *eterno femenino* que orienta a las mujeres a la maternidad, al hogar, al cuidado de la prole y del esposo y a la obediencia sumisa a la autoridad masculina? A responder a algunas de estas preguntas dedicaré algo más adelante algunas palabras.

Las mujeres continúan siendo, en la mayoría del planeta, esa mitad de la humanidad a la que la modernidad ha ignorado e ignora aún y a las que las luces de la Ilustración, pese a enarbolar los derechos del hombre (o quizá por ello), apenas han iluminado, acaso por entender que la emancipación femenina, con su crítica y su oposición a la división sexual de las tareas, de los tiempos y de los espacios, traería consigo el desorden social, una cierta pérdida de los privilegios masculinos y el retorno a los orígenes de una naturaleza femenina que impediría el paraíso de la cultura masculina. Es como si, parafraseando a Goya, el sueño de equidad de las mujeres engendrara un monstruo en la cabeza de muchos hombres ante el cual la (sin) razón masculina se opone invocando una vuelta a esa edad de oro en la que el orden divino instauraba el orden natural de los sexos y dejaba a cada cual en su sitio.

En un mundo como el actual en el que las tecnologías de la información y de la comunicación han transformado tan a fondo la vida de las personas en unas sociedades en red, algo continúa casi inamovible: la desigualdad entre mujeres y hombres (1) cuyo efecto más obscuro y visible es la opresión, el menosprecio y la violencia de que son objeto tantas y tantas mujeres (y algunos hombres) a lo largo y ancho de este planeta, sin distinción de clase, raza, etnia, creencia o país de origen. Las estadísticas de la desigualdad de género (2) entre mujeres y hombres siguen siendo aún hoy, en pleno siglo XXI, estremecedoras y absolutamente incompatibles con unas sociedades que aspiran a la equidad y a la justicia como formas de otorgar sentido a la convivencia democrática entre las personas.

Gracias a la acción del feminismo, a la tarea de tantas mujeres y de algunos hombres y a una mayor conciencia en torno al derecho a la igualdad de derechos y

deberes entre los sexos, en los países con mayor bienestar económico y con una instrucción escolar adecuada las cosas están cambiando, aunque las sombras de la opresión, de la injusticia y de la violencia sigan afectando especialmente a las mujeres. ¿Estamos asistiendo o no al otoño del patriarcado y con él al declive sin vuelta atrás de la dominación masculina o, por el contrario, todo es un espejismo y el poder de los hombres sigue incólume y sin grieta alguna.

Es obvio que, en los que se refiere a la equidad entre mujeres y hombres, las cosas están cambiando a un ritmo inimaginable hace apenas unos años en los países de la Europa occidental y del norte de América. Es obvio también que comienza a haber algunos indicios de cambios en el norte de África, en algunas regiones latinoamericanas y en zonas aisladas de Asia y de la Europa oriental. Pero es lamentablemente obvio también que en demasiados lugares del mundo estamos como hace siglos y la injusticia social tiene en las mujeres uno de sus efectos más dramáticos. Este texto intenta subrayar las luces que iluminan una mayor justicia y libertad en las relaciones entre mujeres y hombres pero no oculta que aún son muchas las sombras que oscurecen la utopía de la equidad entre los sexos. Y se aleja tanto de la inocencia nada inocente de pensar que todo está ya hecho y que vivimos en el mejor de los mundos posibles como del aforismo heraclítico de que todo permanece y nada cambia.

Porque, incluso en países donde de un tiempo a esta parte es cada vez más visible el avance hacia la equidad entre mujeres y hombres y donde encontramos algunos indicios que nos permiten albergar la esperanza de que el otoño del patriarcado se traduzca en el fin de la dominación masculina, la alternancia de luces y sombras sigue dibujando un paisaje habitado por todo tipo de colores, matices y claroscuros. Así, por ejemplo, en España, cada día son más visibles los cambios en las vidas de unas mujeres y de unos hombres que subvierten los estereotipos tradicionales de la feminidad y de la masculinidad e inauguran unas formas de vida y de relación más equilibradas y justas. Tanto en la esfera privada como en la esfera pública nada es ya como antes. En el hogar, en la familia, en la educación, en el trabajo, en la política, en las relaciones interpersonales... el poder de los hombres se agrieta ante las acometidas de una autoridad femenina que vindica su derecho a ser y a estar en el mundo en pie de igualdad. Hoy ya no puede afirmarse sin rubor que *ser femenina* consista en inhibir la ambición y la inteligencia y en obsesionarse por conquistar y exhibir la belleza a la búsqueda y captura del *hombre ideal*. De igual manera, cada vez es más difícil sostener con argumentos que ser hombre consista en inhibir los sentimientos y las emociones (“Los hombres no lloran”), en obsesionarse por conquistar el poder y el liderazgo, y en seducir a las mujeres a diestro y siniestro exhibiendo una virilidad a toda prueba.

Sin embargo, y a pesar de esos cambios, las sombras siguen oscureciendo aún el paisaje. Y no me refiero tan sólo a algunos fenómenos tan lamentables como el acoso sexual en el trabajo, la violencia en el seno del hogar o el asesinato de mujeres. En la esfera privada las tareas familiares siguen siendo asignadas en mayor medida a las mujeres, que añaden este deber tradicional al recién inaugurado deber del trabajo fuera del hogar. Por otra parte, cuando el desempeño de una labor profesional es de tal intensidad que afecta a la atención a la familia, esa labor casi siempre es desempeñada por los hombres al tener menos dificultades por tener una mayor disposición de tiempo.

Pongamos un ejemplo enormemente significativo. En el actual gobierno de España hay un perfecto equilibrio entre las ministras y los ministros. Ocho mujeres y ocho hombres. Sin embargo, y con tener esa paridad en el vértice del poder político en España un efecto simbólico nada desdeñable, no todo son luces: las ocho ministras

tienen entre todas ellas tres hijos mientras que los ocho hombres tienen en total 21. Da la impresión de que ser madre es una dificultad añadida para el ejercicio intenso de la política mientras que ser padre es una tarea menor que en nada dificulta ese ejercicio. Conciliar la vida familiar y la vida laboral sigue estando casi siempre más al alcance de unos que de otras. En la esfera pública, y en concreto en el ámbito laboral, en España se constata un elevado nivel de desempleo femenino, una mayor incidencia del trabajo precario en las mujeres, un menor salario, unas menores oportunidades en el acceso del trabajo pese al alto nivel de competencia académica y profesional de tantas mujeres, una ausencia notable de mujeres en el liderazgo de las empresas y de la universidad, en el mundo de las finanzas, en los sindicatos...

Género, diferencia sexual y desigualdad cultural

“Una mujer es una mujer. Sólo se convierte en doméstica, esposa, mercancía, conejito de Playboy, prostituta o dictáfono humano en determinadas relaciones. Fuera de esas relaciones no es la ayudante del hombre igual que el oro en sí no es dinero”
(Gayle Rubin, 1999: 36).

Hace ya algunas décadas Simone de Beauvoir (1949) escribió aquello de que “la mujer no nace sino que se hace mujer” para subrayar que la condición femenina no es sólo un efecto del azar biológico sino sobre todo una consecuencia de la socialización de las mujeres y de un largo, complejo y eficazísimo aprendizaje social que tiene lugar en todos los ámbitos de su vida cotidiana. Algo semejante ocurre con los hombres: “El hombre no nace sino que se hace hombre”. Dicho de otra manera, los hombres y las mujeres somos diferentes no sólo porque tengamos un sexo distinto sino también, y sobre todo, porque aprendemos a ser hombres y a ser mujeres de maneras diferentes.

Al aludir de esta manera a la feminidad y a la masculinidad como el efecto de una construcción cultural y de un aprendizaje social, Simone de Beauvoir introduce una mirada sobre las identidades humanas que no parte ya sólo de las categorías de clase social o de etnia, tan habituales hasta entonces en las ciencias sociales, sino que incorpora de forma preferente el estudio de los contextos en los que nos hacemos mujeres y hombres. De Beauvoir subraya que la condición femenina y la condición masculina no se derivan de manera natural e inevitable del diferente origen sexual de las mujeres y de los hombres sino que son el efecto de un aprendizaje cultural en ámbitos como la familia, la educación y el entorno social. Como escribe Marta Lamas (1996: 12), el género femenino (y el género masculino) son “el resultado de la producción de normas culturales sobre el comportamiento de los hombres y las mujeres, mediado por la compleja interacción de un amplio espectro de instituciones económicas, sociales, políticas y religiosas”. Desde este punto de vista, el género es una construcción simbólica a partir de la diferencia sexual que condiciona las identidades masculinas y femeninas.

Es justo señalar el liderazgo teórico y político del feminismo a la hora de trasladar al ámbito público el estudio y la crítica de las formas de dominación y de opresión de las mujeres. Al introducir la reflexión sobre los efectos subjetivos y culturales de la diferencia sexual en la vida de las personas, el feminismo introdujo la utopía de la equidad en la agenda política. Politizando la esfera de lo privado (“lo personal es político”), obligaron al discurso político a incorporar el análisis de género. En este contexto, “el análisis del patriarcado –noción clave para la comprensión de la condición de las mujeres- demostraba que la condición de las mujeres no se explicaba por una situación innata sino que tenía orígenes históricos” (Sophie Bessis, 2005: 217).

El feminismo (o, quizá mejor, los feminismos) nos ha enseñado que las mujeres y los hombres somos como somos (y quienes somos) como consecuencia del influjo de una serie de mediaciones subjetivas y culturales (el origen sexual, el lenguaje, la familia, la instrucción escolar, el grupo de iguales, el estatus económico y social, las ideologías, los estilos de vida, las creencias, los mensajes de la cultura de masas...) que influyen de una manera determinante en la construcción de nuestras identidades. Es decir, al sexo inicial de las personas se le añaden las maneras culturales de ser hombres y de ser mujeres en una sociedad determinada. Por ello, la construcción de las identidades masculinas y femeninas en las sociedades humanas no es sólo el *efecto natural* e inevitable del azar biológico sino también, y sobre todo, el *efecto cultural* de la influencia de una serie de factores familiares, escolares, económicos, ideológicos y sociales. Hombres y mujeres somos diferentes no sólo porque tengamos un sexo inicial distinto sino también porque nuestra socialización es distinta. Como escribe Françoise Héritier (1996:21), “las categorías de género, las representaciones de la persona sexuada, el reparto de las tareas tal como las conocemos en las sociedades occidentales, no son fenómenos de valor universal generados por una naturaleza biológica sino construcciones culturales”.

Conviene no obstante aclarar que, aunque las identidades masculinas y femeninas (las maneras de ser hombres y de ser mujeres en nuestras sociedades) no dependan sólo del origen biológico de unos y de otras, también es cierto que, como plantean el psicoanálisis y el feminismo de la diferencia, hay conductas femeninas y masculinas que no se explican tan sólo por el influjo de los factores sociales. Dicho de otra manera la diferencia sexual no es sólo la diferencia biológica de los sexos sino algo que constituye el cuerpo de las mujeres y de los hombres y que tiene efectos innegables en sus maneras de entender del mundo, en la medida en que el conocimiento del mundo es también una experiencia corpórea. El cuerpo es el territorio en el que se instala la cultura pero en el cuerpo no sólo habita la influencia de la familia, de la educación, del entorno social y de las ideologías sino también el deseo, las emociones, lo psíquico y lo inconsciente. La diferencia sexual no sólo es una realidad corpórea, es también una experiencia subjetiva del sujeto y del mundo habitada por el deseo y el inconsciente.

En la construcción de las identidades femeninas y masculinas intervienen de forma simultánea el cuerpo y la cultura, lo psíquico y lo social, la diferencia sexual y la diferencia cultural. El psicoanálisis insiste en explorar el papel del inconsciente en la formación de la identidad subjetiva de las mujeres y de los hombres y en iluminar “la compleja e intrincada negociación del sujeto ante fuerzas culturales y psíquicas”, en palabras de Costance Penley. Entre el determinismo biológico que subraya en las mujeres y en los hombres una diferencia anatómica que acaba justificando la desigualdad y el determinismo cultural que todo lo explica a partir de la influencia del contexto se alza una tercera vía que explora la subjetividad humana mediante el análisis de los deseos y de las carencias que nos constituyen como seres humanos y que habitan en los territorios a menudo ocultos de las emociones y del inconsciente.

Sin embargo, subrayar el influjo de la diferencia sexual en la subjetividad femenina y masculina no excluye tener en cuenta el influjo de los contextos culturales (íntimos y públicos) en los que aprendemos a ser mujeres y a ser hombres. Entre otras razones, porque no hay cuerpo ni subjetividad que no hayan sido afectados por la cultura. Es obvio que el mundo de los sueños, de las emociones y de los placeres son experiencias corpóreas ya que habitan en nuestros cuerpos de mujeres y de hombres y escapan a menudo al control de la voluntad consciente (si se quiere, al influjo de la

cultura en la conducta humana). Pero también lo es que esos sueños, emociones y placeres no son sólo el efecto de una naturaleza sin mácula ya que están contaminados (en su origen, en su interpretación y en su evaluación) por ideas, creencias y normas culturales a las que no nos es posible sustraernos.

Dicho de otra manera, la diferencia sexual se manifiesta en cuerpos femeninos y masculinos que condicionan de forma distinta en mujeres y hombres su acceso a la experiencia sensible del mundo y a su representación simbólica en el lenguaje. Pero esos cuerpos de mujer y de hombres están constituidos no sólo por diferencias anatómicas sino también contaminados por mediaciones subjetivas y por conversaciones culturales que nos hablan de cómo en cada cultura y en cada época se ha interpretado lo que es femenino y lo que es masculino. Como señala Maite Larrauri (1999: 37), "sobre el dato inicial de haber nacido niña –mi cuerpo sexuado– se incorporó la historia de las mujeres que heredé y la experiencia en la que crecí. Estas tres cosas –el cuerpo, la historia y la experiencia– hacen diferentes a las mujeres de los hombres". Por tanto, el énfasis en la diferencia sexual entre mujeres y hombres y en sus efectos, a menudo ocultos, en las subjetividades femenina y masculina no debiera significar el olvido de la influencia del contexto sociocultural en la construcción de esas subjetividades y de esas diferencias.

En cualquier caso, en estas páginas lo que nos interesa especialmente es indagar sobre si hay o no una relación entre la diferencia biológica y la diferencia sociocultural y, sobre todo, encontrar algunas respuestas al siguiente interrogante: ¿por qué la diferencia sexual implica en la inmensa mayoría de las ocasiones desigualdad sociocultural? Como señala Marta Lamas (1999: 19), "comprender qué es el género tiene implicaciones profundamente democráticas pues a partir de dicha comprensión se podrán construir reglas de convivencia más equitativas donde la diferencia sexual sea reconocida y no utilizada para establecer la desigualdad". Dicho de otra manera, lo que nos interesa es comprender los procesos psíquicos y culturales, subjetivos y sociales mediante los cuales las personas nos convertimos en mujeres y hombres en el contexto de unas identidades de género socialmente aceptadas y que se fundamentan en la complementariedad de los sexos y en la heterosexualidad como orientación sexual preferible.

El estudio del origen y de las formas de la opresión de las mujeres constituye una tarea ineludible si deseamos fomentar la igualdad entre los sexos. Si el origen de esa opresión, por ejemplo, lo situamos –como afirma el determinismo biológico y el oscurantismo religioso– en las diferencias sexuales que traen consigo de una manera natural e inevitable el ejercicio del poder por parte de los hombres y la subordinación de las mujeres a la esfera del hogar y al destino de la reproducción de la especie, entonces nada cabe hacer al respecto ya que cualquier afán de cambiar las cosas iría contra la naturaleza humana y contra la voluntad divina. Si el origen de la opresión y de la injusticia contra las mujeres estriba en la tendencia innata de los hombres al dominio y a la violencia, entonces la única solución es el exterminio del sexo opresor o la segregación a ultranza de espacios femeninos y masculinos en todos los ámbitos de la vida personal y social. Si la opresión y la injusticia contra las mujeres es un efecto de una sutil estrategia del capitalismo que utiliza la división sexual del trabajo y la explotación del proletariado femenino para la obtención indiscriminada de beneficios, entonces bastaría con conquistar el poder en nombre de la revolución socialista. E incluso si, como afirma irónicamente Gayle Rubin (1999: 35), "la histórica derrota mundial de las mujeres sucedió a manos de una rebelión patriarcal armada, es hora de que guerrilleras Amazonas empiecen a entrenarse".

¿Esencias o existencias?

Las cosas sin embargo son de otra manera porque, aunque a algunos (e incluso a algunas) les pese, no hay una esencia femenina ni una esencia masculina, una manera única de ser mujer y de ser hombre, una feminidad y una masculinidad unívocas y naturales sino mil y una maneras diversas y plurales de ser mujeres y hombres. Dicho de otra manera, ni todas las mujeres son iguales ni todos los hombres son iguales (Lomas, 2003). No somos esencias únicas y singulares sino existencias diversas y plurales. Por ello, indagar sobre la naturaleza de esas mediaciones subjetivas y culturales y sobre su influencia en la construcción de las identidades femeninas y masculinas constituye una tarea ética ineludible si deseamos construir un mundo en el que las diferencias sexuales no constituyan el burdo argumento con el que se justifican las desigualdades personales y sociales entre hombres y mujeres. Si somos existencias humanas construidas a lo largo de la vida quizá aún sea posible cambiar el rumbo de esas existencias. Si por el contrario somos esencias femeninas y masculinas, inalterables a causa del origen sexual que todo lo establece de antemano o de un designio divino ante el que los seres humanos no deben ni pueden oponerse, entonces todo es inútil y no cabe decir ni hacer nada al respecto (1).

Mujeres y hombres somos diferentes no sólo porque tengamos cuerpos sexualmente diferentes sino también porque a esos cuerpos de mujeres y de hombres se les añaden las maneras culturales de ser mujer y de ser hombre en cada sociedad y en cada época, y esas maneras tienen su origen no sólo en diferencias sexuales sino también en diferencias socioculturales (como las diferencias de clase social, etnia, raza, edad, estatus económico, instrucción escolar, *capital cultural*, estilos de vida, creencias e ideologías, orientación sexual ...) que condicionan, junto al sexo biológico, las diversas maneras de ser y de sentirse mujeres y hombres en nuestras sociedades.

Una cosa es el sexo biológico y otra la identidad adquirida por aprendizaje cultural. Dicho de otra manera, una cosa es el sexo de las personas y otra bien distinta el modo en que esas personas se hacen mujeres y hombres en sus contextos cotidianos. Lo femenino y lo masculino son características no sólo biológicas sino sobre todo formas culturales de ser y de estar en el mundo y modos de relación y de poder entre mujeres y hombres.

Como nos enseña la antropología y la sociología del género, lo que se considera femenino y masculino varía de unas culturas a otras por lo que no cabe deducir del sexo biológico una u otra conducta, una u otra tarea. Lo femenino y lo masculino son ante todo el efecto de una construcción cultural y de un aprendizaje social. Nada está de antemano (salvo algunas características biológicas como la maternidad) fijado en el código natural de los sexos. Otra cosa es la lectura cultural de la diferencia sexual. Según esta lectura, si las mujeres son capaces de ser madres y lo son, entonces tienen que dedicarse en exclusiva al cuidado de las criaturas en el hogar y por tanto adscribirse al ámbito de lo natural, de los afectos y de los sentimientos. De igual manera, si los hombres no tienen la capacidad reproductiva al negarles la biología la posibilidad de ser madres, entonces tienen que dedicarse en exclusiva al trabajo productivo y a ejercer el poder y la fuerza alejándose del inestable mundo de las emociones y de los afectos.

La diferencia sexual de las personas explica esta división sexual del trabajo pero no la justifica: no es la naturaleza sino la cultura de cada época y de cada lugar la que

asigna a unas y a otros tareas y funciones sociales diferentes, segregadas y asimétricas. Como señala Marta Lamas con ironía (1999: 114), “esta asignación no se desprende naturalmente de la biología sino que es un hecho social. Para poner un ejemplo pedestre aunque ilustrativo: la maternidad sin duda juega un papel importante en la asignación de tareas pero no por parir hijos las mujeres nacen sabiendo planchar y coser”. Las identidades masculinas y femeninas están social e históricamente constituidas y en consecuencia están sujetas a las miserias y a los vasallajes de la cultura patriarcal pero también abiertas a las utopías del cambio y de la igualdad (Lomas, 2002 y 2003). En otras palabras, la femineidad y la masculinidad no son una esencia universal e inalterable sino existencias concretas y susceptibles de cambios, una *performance*, el efecto en cada cuerpo de mujer y de hombre de una cultura.

Es el vínculo entre sexo y género el que explica el conjunto de mediaciones y de contextos a partir de los cuales una cultura y una sociedad transforman la sexualidad masculina y femenina en identidades masculinas y femeninas, en maneras concretas y diversas de ser hombres y mujeres en esas culturas y sociedades, en existencias condicionadas no sólo por el origen sexual sino sobre todo por el modo en que aprendemos a ser mujeres y hombres. Dicho de otra manera, el sexo no es la causa sino el pretexto de la injusticia y la coartada de la desigualdad entre uno y otro género.

El género se construye en el territorio de cada de sexo pero con materiales distintos en uno y otro caso. Esos materiales con los que se edifica el género femenino y masculino son, entre otros, el lenguaje, las instituciones sociales (la familia, la escuela, el mercado del trabajo, la política...), los mitos, las normas y los símbolos culturales (desde el influjo de la religión hasta las leyes y los modelos de la cultura de masas), y las ideologías de todo tipo que afirman categóricamente en qué consiste ser hombre y en qué consiste ser mujer, cómo interpretar el significado de lo femenino y de lo masculino y por tanto cómo aceptar la división del mundo en dos esferas asimétricas y segregadas.

El sexo no es el género. El sexo es un efecto del azar biológico y, salvo excepciones, no cambia en la vida de las personas. El género es el efecto en cada sexo de una retahíla de mediaciones subjetivas y de influjos culturales y está sometido a la voluntad humana y en consecuencia al cambio. El sexo es inmutable, el género está abierto a aprendizajes diversos, a transgresiones íntimas y a subversiones públicas. El sexo alude a la diferencia biológica, el género alude a los significados culturales asignados a mujeres y a hombres y a las maneras aceptadas socialmente de ejercer la femineidad y la masculinidad. El género es una serie de códigos que invitan a leer y a entender el mundo de una determinada manera. Sin embargo, está abierto a otras lecturas y a otras interpretaciones.

El azar biológico se traduce en uno u otro sexo y nada cabe hacer al respecto. Sin embargo, ¿es posible elegir el género? ¿Es posible someter a indagación crítica el modo en que se nos asignan formas de entender y de estar en el mundo por el hecho de nacer mujeres y de nacer hombres? ¿Es posible escapar de la cárcel del género, que condena a la mayoría de las mujeres a la obediencia e invita a la mayoría de los hombres al ejercicio injusto del poder?

Del sexo al género, del azar a la voluntad

No elegimos el sexo. Tampoco elegimos el modo en que cada cultura y cada época entiende lo femenino y lo masculino y asigna esas maneras de entender la

feminidad y la masculinidad a nuestros cuerpos de mujeres y de hombres. Pero el género tiene una dimensión narrativa: el género es el argumento de un relato de hechos cotidianos cuyo inicio no elegimos pero cuyos episodios y cuyo desenlace dependen en buena medida de nuestra voluntad de que las cosas sean y se hagan de una u otra manera. Como señala Enrique Calvo (2006: 89) a propósito de la masculinidad, “el proceso por el que un hombre se hace a sí mismo se ha interpretado como si fuera un relato lineal: planteamiento, nudo y desenlace. El planteamiento es el origen familiar; el nudo, su problemática construcción de la masculinidad; y el desenlace, el hombre adulto definitivo en que acaba por convertirse cada joven”.

Pero esas fases canónicas del relato de la vida humana (planteamiento, nudo y desenlace) están sujetas a los avatares de cada mujer y de cada hombre, a los sucesos y a los episodios que condicionan sus vidas pero también a su voluntad de que el desenlace sea uno y otro. El planteamiento inicial (la influencia de los contextos culturales) condiciona el nudo de la historia pero no conduce inevitablemente a un desenlace concreto del relato. Sin embargo, en la escritura de las identidades femeninas y masculinas la trama del relato está abierta a múltiples lecturas e interpretaciones. En la escritura cotidiana de esa novela que son nuestras vidas elegimos entre ser personajes obedientes a la trama clásica del género que se despliega en los capítulos iniciales del relato o ser protagonistas incómodos ante esa trama y sujetos de otras tramas transgresoras y de otros argumentos originales e insospechados.

Somos mujeres y somos hombres porque aprendemos a ser mujeres y hombres en una época y en una sociedad concretas. En ese aprendizaje cultural del género aprendemos cosas distintas y lo hacemos de maneras diferentes. Y con intenciones diversas. Como dice Judith Butler (1999), el género es “el resultado de un proceso mediante el cual las personas recibimos significados culturales pero también los innovamos”. Por ello, no estamos condenados en ese aprendizaje cultural a aceptar los estereotipos y las ideologías que asignan unas u otras tareas a las mujeres y a los hombres en función de su sexo inicial. No estamos obligados a aceptar una nada inocente lectura de lo que es femenino y de lo que es masculino que consagra la segregación y la desigualdad entre mujeres y hombres y condena a unas y a otros a ser y a actuar de una manera arquetípica y prefijada de antemano por el azar biológico y por los códigos tradicionales del género.

Por el contrario, y frente a una interpretación del género femenino y masculino como esencias inmutables y como efecto natural e inevitable del azar biológico, caben otras interpretaciones del género que vayan construyendo otras lecturas del mundo, otras maneras de entender las identidades femeninas y masculinas, otros géneros prófugos que huyen de la injusticia y de la desigualdad del patriarcado. Elegir el género significa en este contexto tener la voluntad de indagar sobre los significados tradicionales del género femenino y masculino, sobre su origen cultural y sobre sus efectos en la vida de las mujeres y de los hombres y en las esferas privadas y públicas de las sociedades humanas. Elegir el género nos invita a huir de la cárcel en que nos han encerrado los estereotipos tradicionales de feminidad y de masculinidad. Elegir el género consiste, en fin, como escribe Judith Butler (1999), en interpretar “las normas de género recibidas de tal forma que las reproduzca y en organizarlas de nuevo”.

Géneros prófugos. Género prófugos huyendo de lo que comúnmente se entiende por femenino y masculino. Género prófugos que nos recuerdan que hay mil y un maneras de ser mujeres y de ser hombres. Géneros prófugos que atraviesan las fronteras

establecidas los prejuicios y por los estereotipos. Géneros prófugos que contaminan a mujeres y a hombres e intercambian indistintamente significados y tareas.

Sexo, género y contexto social

Nada más peligroso para la dominación masculina que ese ir y venir de los géneros huyendo de la asignación estereotipada de conductas, estilos y maneras de ser y de estar en el mundo. Nada más nocivo para la salud del patriarcado que una masculinidad alternativa que se opone a la masculinidad hegemónica y ensaya otras reglas del juego, otros contratos, otra conversación y otras formas de vida. Nada más inútil que seguir apelando a unas vidas de mujer y de hombre aisladas en mundos ajenos e infranqueables. Entre otras cosas, porque esos mundos femeninos y masculinos se unen o aíslan no sólo en función del sexo sino también de la clase social, de las etnias y de las razas, de los oficios y de la edad de las personas. Veamos un ejemplo.

Aunque la mayoría de las mujeres estén aún hoy, en diverso grado, subordinadas a la voluntad y al poder de unas sociedades organizadas al servicio de la dominación masculina, las mujeres y los hombres que comparten un mismo grupo social, una misma raza y una edad semejante están más cerca entre sí que las mujeres y los hombres de distinto grupo social, raza y edad. Dicho de otra manera, a pesar de que la subordinación femenina es un hecho universal, las diferencias específicas de clase y etnia dividen en todo el mundo a las mujeres y a los hombres, al igual que a las mujeres entre sí y a los hombres entre sí. Por lo general, una mujer blanca y de clase alta está casi siempre más cerca, en sus formas de pensar y de actuar, en sus afectos y en sus ideas, de los hombres de clase alta de su entorno que de una mujer emigrante y mestiza que trabaja en su hogar como asistenta.

Por tanto, una cosa es identificar el origen sexual de la opresión y de la violencia que afecta en diverso grado a la mayoría de las mujeres y otra distinta ignorar las diferencias socioculturales entre quienes son iguales en su identidad sexual. Nada más fácil que naufragar en la ilusión de un esencialismo femenino y masculino que ignora cualquier otra diferencia entre mujeres y hombres que no sea la sexual. Como señalaba el sociólogo Pierre Bourdieu (1998 [2000: 116]), “las mujeres siguen *distanciadas entre sí* por unas diferencias económicas y culturales que afectan, además de otras cosas, a su manera objetiva y subjetiva de sufrir y de experimentar la dominación masculina”. Dicho de otra manera, las mujeres son diferentes de los hombres pero también son diferentes de otras mujeres. Y son diferentes entre sí también en la medida en que sus diferencias socioculturales (estatus económico, grado de instrucción escolar, capital cultural, raza, etnia, creencia, edad...) les sitúan en situaciones muy diferentes a la hora de sufrir la dominación masculina.

Quizá estas palabras, escritas un hombre, inviten al malentendido, a la cautela o a la crítica a ultranza. Lo diré por tanto con palabras de mujer. Como escribe Fadela Amara (2004: 125), “en los últimos años las feministas han librado batallas casi reservadas: centrándose en la lucha por la paridad, sólo se han dirigido a las clases medias y altas y se han olvidado de las mujeres de los medios populares (...). Hay que recordar que una chica que vive en los suburbios no tiene las mismas oportunidades que otra residente en el distrito XVI de París”.

Una mujer sometida a la opresión del yugo talibán en Afganistán es diferente de una abogada en un bufete de Manhattan en Nueva York. Una indígena de Chiapas en México es diferente de una catedrática de Filosofía en una universidad española o

italiana. Una campesina en Sudán es diferente de una ministra en un gobierno europeo. Y esto es así también en el caso de los hombres, tan diferentes en ocasiones entre sí en función de sus orígenes socioculturales, de su orientación sexual, de su raza y etnia, de sus creencias y estilos de vida, de su nivel de instrucción, de su edad.... Un hombre negro, homosexual y pobre en Estados Unidos es diferente de un hombre blanco, heterosexual y acaudalado, un conservador hombre de negocios es diferente de un joven que milita en una organización ecologista, un violador que un esposo y padre afectuoso y solidario, un maestro de educación primaria implicado en la alfabetización de la población infantil y adulta en Brasil o en Camerún no es lo mismo que un jeque árabe o un proxeneta.

Esto es de tal obviedad que avergüenza tener que repetirlo una y otra vez pero conviene recordarlo cuándo comprobamos la terca pervivencia de estereotipos (4) enormemente arraigados entre la gente (e incluso entre algunas personas que trabajan en los ámbitos donde se fomenta la equidad entre mujeres y hombres) que sugieren la falacia de que la feminidad y la masculinidad constituyen una esencia y el designio inevitable de la naturaleza inmutable por lo que al final todos los hombres son iguales (entre sí) y todas las mujeres son iguales (ante los ojos de los hombres). Y sin embargo la diferencia sexual en ocasiones ocasiona menor desigualdad que la diferencia social. En otras palabras, hay menos desigualdad a menudo entre una mujer y un hombre del mismo grupo social y nivel de instrucción semejante que entre dos mujeres o entre dos hombres de contextos económicos y culturales distintos. Entre otras razones, porque la dominación masculina, es decir, la opresión, la injusticia y la violencia que sufren tantas mujeres (y algunos hombres) no es sino uno de los ejes de otras opresiones, de otras injusticias y de otras violencias de naturaleza económica, étnica, cultural y social que sufren indistintamente las mujeres y los hombres que pertenecen a los grupos y a las comunidades que ocupan una posición subordinada en cada época y en cada sociedad.

Las relaciones entre hombres y mujeres tienen lugar en el seno de unas u otras clases sociales y en el contexto de las tensiones y de los conflictos que se dan entre unas y otras comunidades. Dicho de otra manera, somos hombres y somos mujeres no sólo en un territorio sexualmente segregado sino también en un escenario socialmente desigual que condiciona enormemente nuestras vidas de hombres y de mujeres. Por ello, nunca deberían analizarse las discriminaciones sexuales fuera del contexto de las relaciones de clase porque a menudo las identidades humanas se forjan en buena medida en el seno de un grupo económico, étnico y cultural concreto en el seno del cual la feminidad y la masculinidad significan cosas distintas a lo que significan en otros grupos sociales.

La dominación masculina

¿En qué consiste la dominación masculina? ¿Cuál es su origen, naturaleza y efectos? ¿Es posible entender la masculinidad como género? ¿O el género sólo afecta a las mujeres?

Si seguimos el hilo de los argumentos que he ido tejiendo hasta aquí al aludir a la red de influjos culturales que utilizan el sexo biológico de las mujeres como coartada para impedirles o dificultarles el acceso a las esferas ocupadas casi siempre por los hombres, entenderemos que la dominación masculina (y la violencia de diverso grado asociada a ella) no es el efecto inevitable de un *orden natural* de las cosas sino el efecto social de una serie de ideas y de prácticas que se incrustan en la vida de las personas y de las sociedades y que otorgan a la mayoría de los hombres todo tipo de privilegios y

de beneficios materiales y simbólicos. Dicho de otra manera, los “dividendos patriarcales” de la dominación masculina no son el efecto *natural* de las diferencias sexuales entre hombres y mujeres sino el *efecto cultural* de unas maneras concretas de entender y de construir a lo largo del tiempo las relaciones entre los hombres y las mujeres en el ámbito personal y en el ámbito público.

¿Cuáles son los argumentos que se esgrimen a menudo para justificar lo injustificable? ¿Por qué es inevitable la desigualdad cultural entre mujeres y hombres? Los argumentos que se esgrimen se sustentan en una doble falacia (Lomas, 2003 y 2004):

-una presunta naturaleza superior de los hombres, que “justifica”, en nombre de la razón y del *orden natural* de las cosas, la dominación masculina, las jerarquías entre los sexos, las estrictas fronteras que se asignan convencionalmente a los géneros masculinos y femeninos, el sexismo y en última instancia el ejercicio del poder y de la opresión contra las mujeres. El *orden masculino* impregna así el inconsciente colectivo y la organización de las sociedades con una serie de esquemas estructurales, tanto éticos como culturales y simbólicos, convirtiéndose no sólo en el único orden *natural*, *legítimo* y *razonable* sino además en un orden *neutro* y *objetivo* al servicio de la sociedad.

-una mirada heterosexuada del mundo a través de la cual se evalúan como “normales” y como “naturales” las relaciones heterosexuales entre mujeres y hombres y se sanciona y se estigmatiza cualquier otra conducta sexual (homosexual, bisexual, transexual...) con la etiqueta de “anormal”, “antinatural”, “inmoral” e “ilegítima”. La homofobia constituye en este sentido una de las señas de identidad más sobresaliente y significativa de esa mirada androcéntrica de la masculinidad hegemónica sobre las personas. El orden simbólico asociado a la masculinidad hegemónica predica de una manera normativa el imperativo categórico de la heterosexualidad masculina y femenina, a la vez que concibe la socialización de los hombres como el ejercicio de un poder sexual contra las mujeres y como el alejamiento masculino de cualquier conducta asociada convencionalmente a la feminidad (como, por ejemplo, una masculinidad “afeminada”).

Las formas opresivas de la masculinidad hegemónica (Connell, 1995) no tienen en absoluto que ver con el lastre de una *esencia natural* de lo masculino sino con el *vínculo cultural* entre masculinidad y poder. Como señala Elizabeth Badinter (1992) a propósito de la identidad masculina: a) no hay una masculinidad única, lo que implica que no existe un modelo masculino universal y válido para cualquier lugar, época, clase social, edad, raza, orientación sexual... sino una diversidad heterogénea de identidades masculinas y de maneras de ser hombres en nuestras sociedades; b) la versión dominante de la identidad masculina no constituye una *esencia* sino una *ideología de poder y de opresión* a las mujeres que tiende a justificar la dominación masculina; y c) la identidad masculina, en todas sus versiones, se aprende y por tanto también se puede cambiar.

Marina Castañeda (2002) desvela en un estudio reciente la tupida red de creencias, actitudes y conductas con la que nos atrapa el *machismo invisible*. Entre otras, una contraposición entre lo masculino y lo femenino según la cual los hombres y las mujeres no son sólo diferentes sino también excluyentes y en este contexto la dominación masculina es el efecto de un *orden cultural* de las cosas que legitima y difunde una serie de ideas prefijadas de lo que significa ser hombre y ser mujer. Por

ello, el machismo “constituye toda una constelación de valores y patrones de conducta que afecta a todas las relaciones interpersonales, el amor y el sexo, la amistad y el trabajo, el tiempo libre y la política...” (Castañeda, 2002: 20).

Esta constelación de valores y de conductas incluye, entre otras manifestaciones, el menosprecio del saber y del valor de las mujeres, la competencia por el prestigio o por el poder entre hombres, la búsqueda continua de conquistas sexuales, la obsesión por exhibir en el ámbito público la arrogancia y la indiferencia ante el dolor y el riesgo, la ocultación de los sentimientos, la oposición a las actitudes y a las tareas asignadas tradicionalmente a la condición femenina, el prejuicio y el menosprecio hacia los homosexuales, el abuso verbal y la violencia psicológica y física hacia las mujeres... Desde este punto de vista, el machismo es una forma de relacionarse y un cierto manejo de poder que refleja las desigualdades existentes entre mujeres y hombres en el ámbito personal, económico, político y social.

Pese a que cada vez son más las mujeres que se niegan a aceptar la dominación masculina en la esfera personal y ejercen el poder en la esfera pública, la masculinidad tradicional sigue en pie de guerra contra cualquier forma de vida que amenace sus privilegios sexuales, materiales y simbólicos. Es cierto que hoy, al menos en las sociedades democráticas, la ostentación pública del machismo comporta al fin una evaluación ética y estética cada vez más negativa. Pero también lo es que la enfermedad del machismo y el virus de la opresión masculina sigue infectando a las sociedades actuales y generando un malestar personal y cultural cuyo origen no siempre identificamos.

Otra masculinidad es posible

Por ello es urgente incorporar a los hombres a la ética de la igualdad y de la justicia entre mujeres y hombres. Es urgente no sólo que acepten la igualdad jurídica entre los sexos ya que ese aspecto, al menos en las sociedades democráticas, forma parte ya de la agenda de lo políticamente correcto y del entramado de leyes que regulan la vida social. Es urgente que se impliquen en una lectura crítica del modo en que han aprendido a ser hombres y en la consciencia de sus efectos en la vida de las mujeres y en sus vidas de hombres. Sólo así es posible imaginar cambios en la vida íntima y en la vida pública de los hombres, en el hogar y en la calle, en la familia y en el trabajo.

Frente a quienes piensan que los hombres son por naturaleza adversarios de las mujeres, frente a quienes justifican el carácter inevitable –e incluso deseable- de la *guerra entre los sexos*, frente a quienes esgrimen la diferencia biológica para justificar la desigualdad cultural, frente a quienes opinan que todos los hombres son iguales y están condenados de antemano al ejercicio de la opresión y de la violencia, frente a quienes consideran ingenua la utopía de pensar que otra masculinidad es posible, frente al machismo visible e invisible que menosprecia a las mujeres y frente al hembrismo que condena de antemano a los hombres por el delito de ser hombres, me gustaría subrayar que en las sociedades democráticas las cosas están cambiando y ya no basta con enarbolar estos y otros estereotipos para impedir esos cambios.

Cada vez son más los hombres que valoran el ámbito de las emociones y de los afectos antes que el éxito profesional o la erótica del poder, cada vez son más los hombres que comparten las tareas domésticas y familiares con sus compañeras, cada vez son más los hombres que aprenden del saber de las mujeres a mirar el mundo de otras maneras. Es obvio que en ocasiones no es oro todo lo que reluce y esas actitudes,

en apariencia equitativas, esconden estrategias sutiles para perpetuar por otras vías los privilegios tradicionales de la masculinidad. Pero también lo es que cada vez hay más hombres que no se identifican con los arquetipos tradicionales de la virilidad, hombres para los que la masculinidad hegemónica es no sólo injusta sino también una hipoteca de sufrimiento y de infelicidad en sus vidas que ya no están dispuestos a pagar, hombres que ensayan otros diálogos, otras formas de vida, otras conductas orientadas a fomentar una convivencia equitativa con las mujeres.

Iluminar y apoyar esas otras maneras de ser hombres que evitan los estereotipos tradicionales de la masculinidad y que fomentan el diálogo entre iguales con las mujeres es hoy una tarea urgente, al igual que lo fue y lo sigue siendo iluminar el saber y el saber hacer de las mujeres en nuestras sociedades. No basta con la crítica feminista a la masculinidad tradicional y a los efectos injustos del patriarcado. No basta sólo con la conciencia femenina y feminista a favor de la equidad entre los sexos. Es necesario e imprescindible incorporar a los hombres a esa crítica, a esa conciencia sobre la injusticia de la dominación masculina y al afán de equidad entre mujeres y hombres. No hay nada más letal para el tejido patriarcal que un hombre que tira por tierra, con sus argumentos y con su conducta, las formas tradicionales de la masculinidad. No hay nada más esperanzador para quienes compartimos las utopías de la equidad, entre mujeres y hombres y entre los seres humanos, que la alianza y la solidaridad entre mujeres y hombres que se saben diferentes e iguales y nos muestran que otro mundo es posible, sin víctimas ni verdugos, y en él cabemos todas y todos, sin exclusiones y sin privilegios.

Notas

(1) En este texto designaremos la diferencia sexual de la siguiente manera: aludiremos a hombres y a mujeres en plural cuando designemos a las identidades masculinas y femeninas (o sea, a las diversas maneras de ser hombres y mujeres en nuestras sociedades) mientras que utilizaremos el singular “hombre” y “mujer” para aludir a arquetipos culturales de lo masculino y de lo femenino, al hecho de ser hombre o mujer y al sexo las personas. Evitamos hablar de “varones” por considerar que nombrar la diferencia sexual consiste, entre otras cosas, en evitar el uso de “hombre” como genérico que presuntamente incluye a las mujeres y reintegrarlo a su cualidad de sustantivo que designa exclusivamente a las personas de sexo masculino. La obsesión por designar a los hombres con el término “varón” a fin de evitar la confusión entre los sexos genera a veces expresiones un tanto peculiares como “hombres varones”.

(2) En el ámbito de la investigación sobre las identidades humanas, el *género* es el efecto en las personas de un complejo proceso social que transforma una diferencia biológicamente determinada (macho/hembra) en una distinción cultural (hombre/mujer) y a menudo en una desigualdad personal y social entre unos y otras.

(3) de hecho, en la actualidad es más fácil cambiar algunas cosas que tienen que ver con la naturaleza biológica que con la cultura humana. Así, por ejemplo, la inseminación artificial abre las puertas a una maternidad en la que la intervención del hombre se limita, a veces de manera anónima, a la donación de semen. De igual manera, como señala Marta Lamas (1999:107) con ironía, “es más fácil librar a la mujer de la necesidad “natural” de amamantar que conseguir que el marido se encargue de dar el biberón. La transformación de los hechos socioculturales resulta frecuentemente mucho más ardua que la de los hechos naturales; sin embargo, la ideología asimila lo biológico a lo inmutable y lo sociocultural a lo transformable”.

(4) Un estereotipo es una imagen convencional o una idea preconcebida sobre personas y grupos sociales que genera un conjunto de significados enormemente eficaces en el aprendizaje de modos de ver y de entender el mundo. Los estereotipos no son inocentes ya que difunden una visión simplificada de la realidad en detrimento de otras maneras más complejas de entender a las personas y a los grupos sociales. Los estereotipos suelen conllevar un juicio de valor peyorativo con respecto a las personas y a los grupos socialmente desfavorecidos en el que se elude cualquier análisis dialéctico. De este modo constituyen “etiquetas” que, por una parte, facilitan una comprensión trivial de las cosas y, por otra, favorecen el descrédito, el menosprecio y la marginación de personas y grupos sociales a causa de su identidad sociocultural, sexual, racial, ideológica...

Referencias

- AMARA, Fadela (20p04): *Ni putas, ni sumisas*. Cátedra. Madrid
- BADINTER, Elisabeth (1992): *XY. La identidad masculina*. Alianza. Madrid..
- BEAUVOIR, Simone de (1949): *El segundo sexo*. Cátedra, Madrid, 1999.
- BESSIS, Sophie (2005): *Las emergencias del mundo. Economía, poder, alteridad*. Nobel. Oviedo.
- BOURDIEU, Pierre (1990): *La dominación masculina*. Anagrama. Barcelona, 2000.
- BUTLER, Judith (1999): "Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault, en Lamas, Marta (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. Programa Universitario de Estudios de Género. México, pp. 303-326.
- CASTAÑEDA, Marina (2002): *El machismo invisible*. Grijalbo. México..
- CONNELL, Robert. W. (1995): *Masculinities. Power and Social Change*. University of California Press. Berkeley (traducción parcial al castellano en Lomas, 2003)
- CORREA, Ramón I.; GUZMÁN, M^a Dolores; AGUADED, J. Ignacio (2000): *La mujer invisible. Una lectura disidente de los mensajes publicitarios*. Grupo Comunicar. Huelva.
- GIL CALVO, Enrique (2006): *Máscaras masculinas. Héroes, patriarcas y monstruos*. Anagrama. Barcelona.
- LAMAS, Marta (1999): *La antropología feminista y la categoría "género"*, en Lamas, Marta (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. Programa Universitario de Estudios de Género. México, pp. 97-126.
- LARRAURI, Maite (1999): "Iguales o diferentes? Mujer y educación", en Carlos Lomas (comp.), *¿Iguales o diferentes? Género, diferencia sexual, lenguaje y educación*. Paidós. Barcelona.
- LOMAS, Carlos -comp.- (1999): *¿Iguales o diferentes? Género, diferencia sexual, lenguaje y educación*. Paidós Educador. Barcelona.
- LOMAS, Carlos (2002): "El aprendizaje de las identidades femeninas y masculinas en la cultura de masas", en Ana González y Carlos Lomas (coord.), *Mujer y Educación. Educar para la igualdad, educar desde la diferencia*. Graó. Barcelona.
- LOMAS, Carlos -comp.- (2003): *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales*. Paidós Contextos. Barcelona.
- LOMAS, Carlos -comp.- (2004): *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Paidós. Barcelona.
- RUBIN, Gayle (1996): "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo", en Lamas, Marta (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. Programa Universitario de Estudios de Género. México, pp. 97-126.